

El liderazgo del televisor y la lectura

Ovide Menin*

La incidencia de los medios de comunicación social en la formación del niño, así como en el estilo de vida de la familia ha sido, en las últimas décadas, un tema que abordaron los sociólogos, los pedagogos y los psicólogos con suerte diversa. Una apreciación rápida realizada con base en datos gruesos permite asegurar que se trata de un tema abordado con bastante mala suerte. Es un modo de decir. Estudios e investigaciones no han pasado más allá de constituir el ejercicio de apreciaciones agudas que se quedaron en el plano de la crítica como tal. Nadie o casi nadie se ha hecho eco real de ellas, seguramente por la fuerza de los intereses en juego. Las cosas siguen el ritmo y las ideas del grupo que mueve, en función de objetivos claros y funcionales, todo su poder. La ética, la estética y la política educativa, por solo indicar tres aspectos sensibles de este fenómeno pasan por las horcas caudinas de un mundo de manipuladores, que siguen contándonos el cuento de **Caperucita Roja** y sus miedos. Así, se confunden y se manipulan los miedos auténticos, profundos, reales, de una sociedad herida, con los miedos ficticios y oportunistas de los conocidos de siempre que, dichos y escritos de la manera más sofisticada, sólo sirven para justificarlo todo. A finales de este oscuro proceso al que fuimos sometidos los argentinos, cuando la censura –en una acción inteligentemente programada– parece haber dejado de dar golpes a la mandíbula de los amantes de la libertad de expresión, por lo menos de la manera brutal que lo venía haciendo, aparece el caso de los grandes miedosos, afinados y concretos, diciéndonos sus conocidas historietas.

La acción educativa de un subsistema que todavía llamamos no formal o asistemático –me refiero al subsistema que integran los medios de comunicación social– pretende ahora, pese a la manipulación del tema (miedo, mordaza, censura, etc.) mostrarnos con enorme crudeza la acción deletérea que ese poder ha ejercido, cómplice, sobre nuestros hijos y nuestra familia.

Desde casi toda la “mass-media” pero en modo particular desde el liderato que ejerce un insólito aparato que ya no respeta, según el dicho popular, “ni pelo ni marca”, el lenguaje pretende volverse realista si no fuera, más bien tragicómico. Un líder autocrítico que sigue estando en lo suyo nos penetra, nos manipula y nos trasciende sin que por largo tiempo hayamos tomado conciencia cabal de ello. En este momento, cuando están bajando las aguas, lentamente, con dificultades de todo tipo, algunos críticos parecen percibir con claridad aquello que muchas personas sencillas repitieron a voz en cuello: el amarillismo de ciertos periodistas, las limitaciones de la educación formal, la transmisión masiva de ideología fascista, los encubrimientos, y lo que es más doloroso, el escamoteo de información. De todo esto no es culpable el aparato, sino quienes implementan su uso a través de planes y programas concretos que desorientan al oyente y al televidente. Es que,

* Ovide Menin, doctor en psicología, es profesor en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

detrás del aparato –en lo comercial y cultural– hay personas de carne y hueso con ideas, con amores y con odios que mueven las marionetas. El aparato nos penetra y nosotros nos dejamos penetrar. El mal no está en la penetración como tal sino en las actitudes irracionales que esa constante penetración genera.

Actitudes que contribuyen a que muchas vidas –la vida familiar, la vida laboral, la vida de nuestros niños, la de los adultos, la vida de nuestros viejos, ya cansados de ver y tolerar– sigan enajenándose más y más porque no sabemos analizar. O eludimos analizar (único modo de comparar, criticar inteligentemente y elegir). Me detengo en el televisor, porque su presencia en el hogar de clase media es una **presencia substancial** en la actualidad. La que tuvo el libro en mi generación.

Las necesidades, los intereses y la salud mental de los niños y los adultos que se benefician con su entretenimiento se ven cuestionadas –ya lo dijimos– desde diversos puntos de vista. Hasta ahora, por lo menos en nuestro país, la televisión parece ser culpable de todo lo malo que ocurre en materia de educación popular, en términos del comportamiento individual y colectivo de jóvenes y adultos. Maneras, lenguaje, gestuación, dichos, pronunciación e ideas que ya no serían las nuestras. En parte puede que así sea, porque bien es cierto que en materia de tales comportamientos este pequeño personaje insólito, una vez conectado no pide permiso para nada. Trasmite sin parar, instalado en el mejor lugar de la casa –“figura” aglutinante de la atención de grandes y chicos– pasa a ser el chivo expiatorio de todos los trastornos del hogar, incluidos los que se refieren al loro y a la sirvienta. Todo el mundo descarga sobre el televisor las culpas, para absolverlo de inmediato, después de la catarsis, como una suerte de justificación elemental. Todo el mundo se queja del efecto nocivo de sus programas –olvidando los buenos programas que también trasmite– pero nadie o muy pocos hacen uso adecuado de la libertad personal que el aparato le deja para anular, cerrando el circuito de transmisión, convenciendo a los niños de la vacuidad del programa en cuestión y proponiendo alternativas sustanciosas. Claro que esta conducta requiere paciencia, inteligencia, y mucho amor por los demás. Sin embargo, la ambivalencia en el comportamiento cotidiano de los adultos, jóvenes y viejos, no anula actitudes en el sentido de disposiciones previas al comportamiento como tal, procesual, continuado –y que por razones puramente didácticas– me atrevo a agrupar en tres grandes categorías:

- 1 - Actitud negativa
- 2 - Actitud positiva
- 3 - Actitud indiferente

A mi juicio se trata de actitudes desplegadas casi exclusivamente por el adulto frente al televisor y el complejo sistema que representa. El niño, salvo excepciones, denota una actitud positiva ante la presencia del televisor. Nunca se muestra negativo, indiferente, ni siquiera en los casos en que no encuentra “programas para su edad”. Con los ancianos parece primar la ambivalencia en su máxima expresión.

Más allá de lo que puedan decir los especialistas en el tema, a quienes respeto cuando son sinceros, quiero hablar como un psicólogo educacional. En modo particular como psicólogo que está en favor del uso racional de los medios de comunicación social con fines democráticos de educación de masas, crítico del contenido de algunos programas actuales, que impone ese poder que juega con nuestras vidas, poder no siempre visible y que no está, como muchos creen, siempre en función de gobierno.

La televisión de nuestro país que desde cierta óptica es considerada, por lo menos por muchos entendidos, como mala, peca a mi juicio, por la falta de capacidad creativa de los creadores de programa. En modo particular de los creadores de programas destinados a los niños. Parece un contrasentido. Pasa con ellos algo similar a lo que ocurre con los productores de literatura para niños. El adocenamiento y la cursilería suelen hacer juego con otras carencias suyas, siempre profundas.

Un mal entendido "naturalismo" parece dar paso a la estupidez del lenguaje, tanto verbal como no verbal. La actitud y la acción inteligente y amorosa de los adultos no ocupan los espacios que todavía quedan libres en favor de un mejoramiento del producto.

En ese sentido quiero referirme muy brevemente a cada uno de los tipos de actitudes señalado, denotando zonas peligrosas de las posturas actitudinales que suelen adoptar muchos adultos frente a uno de los más importantes medios de comunicación social contemporáneo. Me manejo con datos registrados por la observación directa; de hecho conllevan toda la carga subjetiva del observador. Los juicios son, entonces, meras apreciaciones personales que pueden cobrar validez en la difusión que generan.

La **actitud negativa** frente al televisor; aquella que lleva a la familia, o parte de ella, a decir que la televisión es mala por sí misma, es una actitud que denota una peligrosa y sectaria incapacidad para la discriminación. Actitud casi siempre conservadora que genera violencia contenida o manifiesta, interna o externa. Limita al crítico, lo pone al margen de aquella discusión inteligente que enriquece al grupo mediante el análisis y la asociación libre que tanto favorece su desarrollo emocional y social. Este tipo de actitud empieza casi siempre por negar la validez de los medios modernos, sea por razones ideológicas, científicas o técnicas, sea por ignorancia. Es una actitud que conduce a un callejón sin salida al recortar la realidad o aislarla históricamente. Sin embargo y curiosamente, esta actitud negativa deja siempre una puerta abierta a la comunicación, en distintos contextos, con distintos tonos, pero factible de transformarse, por imperio de un movimiento dialéctico, en actitud positiva.

La **actitud positiva** siempre bien dispuesta y bien pensante, corre el riesgo de volverse acrítica, por lo tanto negativa. Es aquella actitud, a partir de la cual todo lo que se ve en el televisor es bueno y vale por sí mismo, es enriquecedor –aun lo destructivo y lo pornográfico, pongamos por caso y con lo confuso que resultan estos ejemplos– porque "lo hacen personas que saben", está hecho "por técnicos" y "lo he visto en la tele". Estoy en contra de la censura; estoy a favor de la persuasión discursiva; mas no estoy seguro de

que esta forma de actitud positiva, de pura recepción, sea por sí misma, mejor que las otras. Ante una familia (o una sociedad) que alimente gran parte de su vida cultural con los programas de televisión importados (realidad incuestionable en nuestros días) como lo hacía antaño –me refiero al antaño próximo– con las radionovelas o las novelas por entregas, acumulando imágenes sin pensar, es decir, despojadas de todo análisis, se convierten en un continente grupal penoso y empobrecedor. Me refiero a la actitud general de familias de diverso nivel de instrucción pero igualmente incapaces de pensar. Esta actitud que doy en llamar positiva me parece saludable, como punto de partida, pero exige a mi entender, que se transforme en una actitud de naturaleza activa, para contrarrestar los defectos de una actitud pasiva que embota el entendimiento y lo mecaniza, desarrollando solamente la memoria.

En cuanto a la **actitud indiferente**, si es que existe hoy una actitud indiferente ante el televisor, es aquella que muestra una singular retracción egoísta y sobre todo muda. Denota, a mi juicio, un problema psicológico para estudiar, sea que funcione como mecanismo defensivo del yo ante la agresividad que genera la pobreza tanto material cuanto espiritual del hombre, sea que su ignorancia lo encierre, aturdido, en un fuerte mutismo. En este siglo, a mi parecer, solo los seres humanos enfermos pueden ser indiferentes a la “mass-media”. Enfermos por carencias materiales y / o afectivas. Estoy convencido de que es la más peligrosa de las actitudes. Anula la posibilidad de contacto y transformación de los contenidos que trasmite el aparato, aumentando la alienación por aislamiento del otro y de sí mismo. Es la actitud más dolorosa y más cruel que puede adoptar el adulto para con el niño y los objetos que le conciernen. En cuanto al concepto de familia, siento una extraña intranquilidad al abordarlo. ¿De qué tipo de familia estamos tratando? Tengo para mí que, sin querer, y pese a lo visto, dicho, oído y escrito por especialistas y no especialistas en el tema, seguimos refiriéndonos a un modelo estructural y funcional de la familia que no da para más. Un modelo fijo, con niño y todo, que manejaron desde centurias anteriores nuestros propios padres, como expresión de otra sociedad sin televisor y más tiempo disponible para conversar y artensar el producto de la cosecha. Tengo para mí, también, que seguramente psicólogos y pedagogos estamos haciendo referencia a una familia que ya no existe (el viejo “núcleo” familiar que mas que núcleo ha sido siempre una substancia protoplasmática, de carácter proteico) y que una empecinada postura ideológica insiste en conservar.

En todas las clases sociales la estructura de la familia de la que hablan los libros de texto se ha desdibujado mucho, por decirlo con palabras suaves. Pero donde más se ha desdibujado es en las capas medias, allí precisamente donde la crisis ha hecho su mayor impacto, tanto en el sistema de relaciones intragrupalas cuanto exogrupalas. El efecto se muestra claramente en la reversión de la escala de valores tradicionales. A ese respecto, el televisor vino a suplantarse el liderazgo de quienes hasta ayer “eran palabra santa”: papá, mamá, el sacerdote, el abuelo, la maestra.

Creo que es hora de exigir, más allá de la actitud negativa, positiva o indiferente del adulto ante un problema específico como el que nos ocupa (el “liderazgo de la lectura”, de la “otra lectura” que insume el televisor en la vida de la familia) y que traduce, por lo demás, una concepción más global ante los

problemas de la vida cotidiana, nacional, y universal, que viene de lejos, una actitud inteligentemente crítica que las dinamice. El televisor será entonces nuestra ayuda de cámara, con solo ofrecernos, por ahora, 1) buena docencia mediante correcta locución, es decir, buen hablar, 2) contenidos científicos y artísticos transmitidos con nobleza y adecuados a los intereses y necesidades tanto de los grupos mayoritarios cuanto minoritarios de nuestra sociedad; 3) libertad para expresarnos; 4) posibilidad de elegir y persuadir "con moneda auténtica" antes y después que el aire de la primavera vivifique nuestra existencia ciudadana.

Cuando el niño mira televisión está leyendo: estoy convencido de ello. Cualquiera sea la actitud de los adultos.

Los padres y los maestros se desesperan por la cantidad de horas que "sus" niños pasan delante del televisor. En realidad y desde cierto punto de vista debieran sentirse felices. Sus niños están leyendo, es decir, están descodificando y algo más: se están divirtiendo, aguzando los sentidos; están pensando y están imaginando (asociando, comparando, anticipando, etc.) ¿Por qué no aceptar esto que es tan evidente? Que el material que emplea el director del programa no "condiga" con nuestra filosofía de adultos es otra cosa. En ese caso los padres y los demás responsables de la educación debieran ocuparse seriamente del mensaje, los contenidos y la estética de la narración en general para que cambie, para que sea otra cosa y se adecue a los datos de la cultura que hacen suya, mayoritaria y minoritariamente. Pero mucho me temo que en materia de cultura los mayores críticos sean los que menos saben de ella. De cualquier modo es hora que entendamos y por ende aprendamos a aceptar, que esta nueva técnica de la lectura es más viva, mucho más interesante que las técnicas a las que hemos sujetado a grandes y chicos, tediosamente, con costos, durante años, con los resultados conocidos.

Cierto conservadorismo nos ha llevado a condenar o ignorar los aportes de la tecnología moderna antes que a analizar con rigor científico sus fundamentos para adaptarla a los requerimientos locales. El uso por el uso mismo de esta tecnología, de manera indiscriminada, puede ser nocivo para la población. El uso con fines sociales progresistas constituye, en cambio, una política formidable en favor del crecimiento individual y colectivo.

Me ha llamado la atención leer en **Lectura Y Vida** (Nº 3, año 5, septiembre 1984, pág. 31) una reseña que dice que: "Se ha descubierto que cuando un adolescente lee o mira televisión en su tiempo libre, busca frecuentemente material de estructura narrativa, tal como relatos de ficción para jóvenes, episodios de series de televisión o T.V. *tie-ins*" y más adelante que: "Quizá la tarea más importante para el maestro de cada nivel es ayudarlos a tomar conciencia de su comprensión de las estructuras de las narraciones. La consecuencia de tal conocimiento en el nivel metacognitivo provee a la estructura como una guía accesible de comprensión y composición. El lector o televidente puede usar la estructura como mapa para comparar material impreso con material de medios audiovisuales o dos narraciones en el mismo medio. El conocimiento de la estructura también puede facilitar la habilidad del estudiante para contestar y formular preguntas, siendo lo segundo una habilidad particularmente útil para los adolescentes porque

intentan ser educandos independientes. Finalmente, tal conocimiento puede ser utilizado para guiar la escritura de narraciones en la forma de libretos para medios audiovisuales y narraciones para publicaciones impresas y para perfeccionar aquellos productos a través del análisis y comparación, juntando los procesos de escritura, lectura y re-escritura". Tengo miedo que sea peor el remedio que la enfermedad. La experiencia me ha demostrado que esta suerte de didactismo un tanto utilitario genera fastidio y rechazo entre los jóvenes. Cuando digo que los niños leen (y los jóvenes y los adultos también) del televisor, **leen**. A su modo, pero leen. Quisiera salvar ese modo (que por lo demás nace en la escuela) pero ¡guay! si el niño, el adolescente o el adulto descubren que "ahora" al momento de "leer en el televisor" aparecemos (¡oh! cerdos) con la didáctica en ristre otra vez. La influencia ha de ser, en mi modesta opinión, raigal pero indirecta y lúdrica. Caso contrario terminaremos por matar este nuevo amor por la lectura.

Como psicólogo no me preocupa el hecho de que los niños estén horas frente al televisor. Los prefiero allí antes que en la calle, vagando sin ton ni son. Me preocupa, eso sí, el comportamiento de los padres y el Estado, no siempre positivo, crítico, atento a los programas que ven (que "leen") los chicos. Por fin, en nuestros hogares de clase media ¿no es acaso la "sirvienta" la que ocupa el lugar de la familia y el Estado en materia de orientación sobre gustos, lectura, creencias y saber? Pienso que ha comenzado, entre esa clase media latinoamericana, la era de una nueva forma de lectura donde el liderato del televisor tiene su mejor aliado en nuestras "sirvientas" quienes pasaron a ser las educadoras más "realistas" del hogar. Las que mejor expresan el sentir y las preferencias de nuestros pueblos, mal que les pese a los tecnócratas de la educación. ¿Qué tal si les enseñamos a "manejar" el televisor en nuestra ausencia?